

LA PALABRA INCESANTE DE MIGUEL HERNÁNDEZ

MARIO PAZ GONZÁLEZ

En octubre de este año se cumple el centenario del nacimiento de Miguel Hernández, (Orihuela, 30 de octubre de 1910 – Alicante, 28 de marzo de 1942), considerado sin duda como una de las figuras medulares de la poesía española del pasado siglo. Por ese motivo, los actos conmemorativos y los homenajes se han ido sucediendo y se incrementarán de cara a esa fecha. También la publicación de antologías o estudios sobre la obra del poeta oriolano, cuya riqueza y amplitud, pese a su corto trayecto vital, no ha dejado de ser destacada en ningún momento.

Si no el primero de los que ha venido a sumarse a estos homenajes, sí, al menos, uno de los primeros es el volumen titulado *Sujetado rayo*,¹ una recopilación de ensayos de tema hernandiano firmada por José María Balcells, Catedrático de Literatura de la Universidad de León, y magníficamente editada por Devenir.

El conjunto reúne un total de ocho estudios que abarcan diferentes etapas de la vida y de la obra de Miguel Hernández, desde los primeros años de formación autodidacta, hasta el período de madurez y su posterior implicación en la contienda civil, con una lírica marcadamente combativa afín al bando republicano. Como ya se advierte en el prólogo, los ocho ensayos que integran el total habían sido publicados con anterioridad en forma de artículo para revistas o en estudios conjuntos, cuando no como prólogos a alguna edición del poeta. El prurito puntualizador resulta muy de agradecer, pues, al reunirlos en el presente volumen, su autor nos los ofrece revisados y ampliados a raíz de «lecturas de cuanto ha ido publicándose sobre la obra hernandiana desde que apareció cada uno de mis estudios hasta la actualidad», por lo que ahora adquieren vida nueva para todo lector que ya hubiese tenido en su día noticia de ellos.

En el primero de estos textos se estudia la prehistoria poética de Miguel Hernández a raíz de la publicación de su *Obra Completa* en dos volúmenes en 1992, en la que se dio a conocer un amplísimo *corpus* de textos pertenecientes a la etapa

¹ José María Balcells. *Sujetado rayo. Estudios sobre Miguel Hernández*. Madrid, Devenir. 2009, 250 pp.

inicial de formación y forja del poeta. Resulta de sumo interés el análisis que José María Balcells realiza de las primeras composiciones de corte regional, inspiradas por la obra de Vicente Medina, pero, sobre todo, por la poesía de Gabriel y Galán, quien se hacía eco de ciertas influencias del Modernismo que, además, serían muy del gusto de Hernández. Ambos compartirían también una misma visión contrapuesta del campo y la ciudad, heredada del *beatus ille*. Sin embargo, al contrario de lo que había hecho el poeta castellano con el habla leonesa, son escasas las muestras de habla regional murciana, o «panocha», en las primeras composiciones del oriolano. También se analiza en estos primeros textos la palpable influencia de la lírica romántica de Espronceda y de Zorrilla, así como, por supuesto, de Bécquer, presente en poemas como «Balada de juventud», datado en 1930. Esa aspiración a la poesía total perceptible en la obra de Miguel Hernández no le impidió, sin embargo, fijarse en otros escritores pertenecientes a su entorno más inmediato —como Gabriel Miró, José María Ballesteros o Juan Sansano— cuya influencia también resulta muy visible sobre todo en los textos de 1930 y 1931. Pero será la de la poesía modernista sin duda una de las presencias fundamentales en esos poemas primigenios. Fundamentalmente a través de la obra de Rubén, pero también de Machado, Juan Ramón, Francisco Villaespesa o Emilio Carrere. Es precisamente esa la razón por la que esta primera lírica hernandiana, «en la que prima la transmutación de la realidad, plasma preferentemente el mundo pastoril, en el que, pese a temas como la tristeza y la soledad, el yo íntimo cede ante la paleta descriptiva del poeta *ludens* cautivado por los valores sensoriales».

Por ello, por esa «lúdica» búsqueda de la belleza, a la influencia de Rubén Darío y de la estética modernista se dedica el segundo capítulo de este estudio. Son muchos los poemas citados como prueba de esa influencia, así como los testimonios escritos de Ramón Sijé —quien en un artículo de entonces adjudicaba un alto porcentaje al componente rubendariniano en la lírica de su amigo—, del propio Miguel Hernández en su correspondencia con Sijé o de alguna que otra entrevista concedida en los años de su desembarco en Madrid. Para el de Orihuela, Darío fue, nos recuerda Balcells, «un clásico contemporáneo indiscutible, lo mismo que para su amigo entrañable Ramón Sijé». Por ello la influencia del nicaragüense se palpa a nivel léxico, temático y, por supuesto, rítmico, en el uso del dodecasílabo y, sobre todo, del alejandrino, muy perceptible en numerosos poemas de entre los que integran *Viento del pueblo*, pero también en textos posteriores, pertenecientes ya al período de la guerra.

Otra de las influencias señaladas por José María Balcells, y a la que se le dedica en este estudio un capítulo completo, sería la de Quevedo, pues, pese a la escasez de referencias a este poeta en la primera formación del autor de *El rayo que no cesa*, sí

parece incuestionable su influjo a través de Ramón Sijé, «cuyos vínculos quevedianos son incontrastables». Así, resulta evidente destacar que, tras sus primeros escauceos poéticos más marcados por el aspecto estético, «Hernández estaba abandonando, de manera progresiva, el factor decorativo en busca de un palpito lírico de sabores más humanos». También en esta influencia pesó sin duda el estímulo de sus contactos madrileños, concretamente el de Neruda y el del vallisoletano José María Cossío, para quien el oriolano trabajó de secretario en Espasa Calpe. Precisamente en este sentido José María Balcells analiza con exhaustiva minuciosidad *El rayo que no cesa* a la luz de la influencia quevediana, pues se trata de un poemario escrito en un momento en el que Hernández cambia un «Quevedo por otro, el Quevedo leído a la sombra de Ramón [Sijé] por el Quevedo leído a la sombra de Neruda y, a veces, de Cossío». Esta influencia del poeta barroco se extenderá al lenguaje poético empleado en libros posteriores como *Viento del pueblo* o, incluso, *El hombre acecha*, de 1937 y 1938, momento en el que el de Orihuela se iba despegando cada vez más de los modelos clásicos ya asumidos en pos de una lírica más personal, atenta a su interioridad, pero también a los trágicos acontecimientos exteriores.

Precisamente *El rayo que no cesa*, por tratarse de un poemario fundamental dentro de la obra de Miguel Hernández y también de la poesía española de la primera mitad del siglo XX, tiene una presencia destacada en este estudio, pues a él se dedican nada menos que tres de los capítulos del mismo. En el primero de ellos, el autor de este ensayo describe el moroso y cuidado proceso de gestación llevado a cabo por el poeta tras la publicación de *Perito en lunas* en 1933, buscando ahora una renovación estética asumida de forma consciente y que ya se percibe en *El silbo vulnerado*. Es preciso recordar que en la elaboración de *El rayo que no cesa*, y hasta su publicación en enero de 1936, se entrecruzan, como podemos leer aquí, su estancia en Madrid y numerosos problemas de orden sentimental por la distancia con su novia oriolana Josefina Manresa. Esta elaboración responde, pues, a un proceso de reescritura constante, minuciosamente desbrozado por el profesor Balcells, en el que el poeta actuó de forma selectiva en pos de un ideal de perfección anhelado desde sus inicios poéticos y que llega a su consagración ahora. Por ello, la justificación de incluir la «Elegía a Ramón Sijé», escrita cuando el conjunto ya estaba terminado y plenamente configurado, en un poemario fundamentalmente amoroso y heredero de la tradición del *Canzoniere* petrarquista se debería a que el poeta «no quería que quedase fuera de aquella historia de amor un poema que él leía como formando parte de la misma».

En el segundo capítulo dedicado a este libro, se especula, aportando infinidad de datos, sobre las tres mujeres que pudieron ser fuente de inspiración para el poema «Me llamo barro...», pues, a pesar de que todo *El rayo que no cesa* está dedicado

implícitamente a su novia oriolana Josefina Manresa, son tres, probablemente, las mujeres que sirvieron de inspiración a algunos textos que lo integran: la propia Josefina, la poeta María Cegarra Salcedo y la pintora Maruja Mallo.

Especialmente destacable, de estos tres ensayos dedicados a *El rayo que no cesa*, es el tercero, centrado en la intertextualidad presente en el poemario, pues es «sin duda el libro en el que se advierte en más profusa medida el reiterado juego de relaciones de sus versos con los que reflejan voces ajenas». En él se incluirían de alguna manera las voces de clásicos como Petrarca, en muchos casos a través de los escritores españoles del Siglo de Oro, especialmente Góngora y San Juan de la Cruz, pero también Garcilaso, Boscán o Quevedo. Muchas de estas influencias le habrían llegado, según nos recuerda José María Balcells, a través de Ramón Sijé, de Neruda o de los poetas del 27. Por otro lado, también estaría presente la obra de algunos de estos –Aleixandre, Lorca, Alberti...– en el libro de Hernández, junto a la de aquellos poetas, modernistas y románticos, que más contribuyeron a su formación estética: Rubén, Bécquer, Rosalía...

Resultan también muy interesantes los capítulos dedicados a la sátira de guerra o a la visión del trabajo en la lírica de Miguel Hernández. En la primera se analiza la función de la sátira, en tanto que subgénero épico, en estos poemas circunstanciales, tanto desde los aspectos de contenido, como desde la métrica o del léxico, donde el «exceso exhibicionista» estaría probablemente justificado desde una perspectiva compositiva del poeta. En el capítulo dedicado a las alusiones al trabajo partiendo de una visión estética en la obra de Hernández, se nos dice que el poeta «fue acaso el único escritor contemporáneo que contribuyó doblemente a la celebración de un primero de mayo, y sin acaso el único que, según nuestras noticias, ha elegido la prosa y el verso para expresar su testimonio en torno a tal fiesta obrera».

Son, en fin, libros como este los que contribuyen a restituir una palabra poética todavía hoy plena, incesante, que nunca ha sido olvidada, pero que, a la luz del análisis, resulta renovada recuperando así actualidad y vanguardia. Sin duda, una de las virtudes destacables de este volumen es la de saber analizar en profundidad la obra del poeta oriolano desde una perspectiva literaria (influencias, intertextualidades...), pero sin rehuir, al mismo tiempo, las íntimas relaciones que se establecen entre esta obra y los acontecimientos biográficos que la han sustentado. A través de sus conclusiones originales demuestra José María Balcells un amplísimo conocimiento, no sólo de la obra de Miguel Hernández, sino también del *corpus* científico surgido en torno a ella, así como de los acontecimientos vitales que la configuraron y que, en numerosas ocasiones, asoman en muchos de sus poemarios, como en el fundamental *El rayo que no cesa*.